



Consejo Mundial de Iglesias

11ª Asamblea

31 de agosto al 8 de septiembre de 2022

Karlsruhe, Alemania

Documento No. **PRAY 07**

8 de septiembre

**ES**

## Oración de envío

### LLAMADO A LA ORACIÓN

♪ 57 In Christ There is No East or West (cantada en todas las lenguas impresas)

### ORACIÓN DE APERTURA

L1: Oh Dios, ven y siembra en nuestros corazones el anhelo de vivir en unidad.

L2: Uniremos nuestras manos y seremos tu comunidad, exaltando tu nombre.

L1: Tu amor nos convoca a acciones de inclusión y de solidaridad.

L2: Tu amor nos impulsa a estar en comunión con nuestros prójimos y prójimas y contigo.

**C: Tu amor nos impulsa al testimonio.**

### CANCIONES LEMA

♪ 79 Christ's love moves the world (cantada en alemán)

♪ 323 El amor de Cristo (cantada en español)

♪ 239 Ruled by the love of Christ (cantada en taiwanés y en inglés)

*Silencio*

♪ 249 As many as has been baptized (cantada en árabe)

### PADRENUESTRO

L: Oremos la oración que Jesús nos enseñó, en la lengua de nuestro corazón ...

**Padrenuestro**

♪ 49 Alleluia

## **LECTURA DEL EVANGELIO** Juan 21:15-19

Cuando terminaron de comer, Jesús le dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?» Le respondió: «Sí, Señor; tú sabes que te quiero.» Él le dijo: «Apacienta mis corderos.» Volvió a decirle por segunda vez: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?» Pedro le respondió: «Sí, Señor; tú sabes que te quiero.» Le dijo: «Pastorea mis ovejas.» Y la tercera vez le dijo: «Simón, hijo de Jonás, ¿me quieres?» Pedro se entristeció de que la tercera vez le dijera «¿Me quieres?», y le respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.» Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas. De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te vestías e ibas a donde querías; pero cuando ya seas viejo, extenderás tus manos y te vestirá otro, y te llevará a donde no quieras.» Jesús dijo esto, para dar a entender con qué muerte glorificaría a Dios. Y dicho esto, añadió: «Sígueme».

♪ 49 Haleluya

♪ 51 Alleluia

## **MENSAJE**

*Reverendísima Joy Evelyn Abdul-Mohan, Moderadora del Sínodo, Iglesia Presbiteriana Trinidad y Tobago*

♪ 261 Kamana'o 'I 'o

## **REFLEXIÓN**

*Reverendo canónigo Christopher Douglas-Hurivai*

*Silencio*

♪ 175 Who is my Mother?

## **ACTO DE INVESTIDURA DE NUEVOS Y NUEVAS INTEGRANTES DEL COMITÉ CENTRAL**

**“Actúa con justicia, ama la misericordia, camina humildemente con tu Dios.”**

## **INTERCESIONES**

♪ 65 Je Nai Nan

## **BENDICIÓN**

¡Que Dios te bendiga, y te guarde!

¡Que Dios haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia!

¡Que Dios alce su rostro sobre ti, y te conceda la paz!

♪ 277 Lord, make us one

♪ 151 Hamba nathi

♪ 69 Move when the Spirit says move (Pray, Sing, Dance, Go)



8 de septiembre

**ES**

Traducción provisional del inglés  
Servicio Lingüístico, CMI

## Oración de envío - sermón

REV. JOY EVELYN ABDUL-MOHAN  
MODERADORA DEL SÍNODO DE LA IGLESIA PRESBITERIANA DE TRINIDAD Y TOBAGO

Juan 21:15-19

Queridos hermanos y hermanas en Cristo: saludos en el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador y Libertador. En este Jueves de Negro, me siento sumamente bendecida y honrada por compartir el culto con todos ustedes a través de la proclamación de la Palabra de Dios en Karlsruhe (Alemania), en esta 11ª Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias.

### Introducción

Aunque la pandemia mundial interrumpió y perturbó nuestras vidas y medios de subsistencia, hubo un resquejamiento de esperanza, ya que la iglesia mundial y, por extensión, el mundo, descubrieron su capacidad inventiva ante esta situación de necesidad. Hemos hecho de la nueva normalidad nuestra realidad para proteger y preservar vidas.

Así, el Dios omnipotente del amor y la gracia incondicionales ha hecho posible que, como familia ecuménica, nos reunamos en un mismo lugar para celebrar el culto, participar en los actos de las preasambleas, en los *home groups* (grupos hogareños) y en los estudios bíblicos, dialogar y mantener conversaciones ecuménicas y tomar decisiones por consenso.

La Iglesia Presbiteriana de Trinidad y Tobago, al igual que otras iglesias miembros, recibió la invitación para participar en esta 11ª Asamblea en 2019. El sentimiento de acercar a la iglesia y a la comunidad a este encuentro mundial fue de emoción y pura felicidad. Tanto es así que, en su reunión que fue aplazada y celebrada en octubre de 2019, el Sínodo de mi iglesia adoptó (con una ligera variación) el tema de la Asamblea como propio para 2020: *“El amor de Cristo lleva al mundo a la reconciliación y a la unidad: La misión más allá de los muros de la Iglesia”*.

El tema de la Asamblea cobró mayor relevancia cuando la COVID-19 causó estragos en el mundo y nos arrebató a muchos familiares y amigos cercanos.

Aceptamos que las cosas no volverían a ser iguales. Sin embargo, incluso antes de que se produjera la pandemia, las iglesias de todas las regiones se enfrentaban a la cuestión de cómo ser más contextuales. Para ser iglesia en tiempos de pandemia y pospandemia, necesitamos cambiar el paradigma, el modelo de cómo debe ser la iglesia. Para que la iglesia florezca, y no solo perdure, allí donde se haya implantado, necesita ahora más que nunca ser energética en su enfoque ecuménico y misionero más allá de sus cuatro paredes.

Así pues, aquí estamos de nuevo, tal vez agotados después de casi diez días juntos. Han sido días de unidad en la diversidad, pero ya estamos preparados para regresar a los lugares de los que vinimos, al Este, al Oeste, al Norte y al Sur, con el afán de compartir y poner en práctica lo que se nos ha transmitido en esta Asamblea.

Mientras nos disponemos a abandonar la hermosa ciudad de Karlsruhe y esta 11ª Asamblea del CMI, que ha sido maravillosa e iluminadora, a pesar de algunos de los desafíos que ha planteado, les invito a reflexionar conmigo sobre el tema: **“La valentía de amar como Cristo ama: un imperativo y no una opción”**. Por favor, oren conmigo.

## **Oración por el entendimiento**

*Espíritu Eterno Divino, danos hoy un nuevo entendimiento de tu Palabra. Interpélanos y transforma nuestras vidas al darnos a conocer con tu sabiduría. Ayúdanos a discernir con claridad el camino para seguirte y a tener la valentía de vivir según tu verdad revelada en Jesucristo. Amén.*

Cuando se me pidió que preparara este sermón basado en el texto propuesto, Juan 21:15-19, constituí un reto basarme en un texto sobre el que, en calidad de ministro ordenado durante más de treinta y tres años, había predicado en muchas ocasiones. Cuando asistí a las preasambleas y a distintas sesiones durante los primeros cinco días de la Asamblea, me inspiró escuchar las historias que abordaban no solo la guerra en Ucrania, sino también otras realidades mundiales, y especialmente las de mi región, como la crisis de refugiados y migrantes en Venezuela, y las crisis de Cuba y Haití. Me sentí abrumada cuando se abordaron las cuestiones de la reparación y el arrepentimiento, que me recordaron que el racismo sistémico es tan real como la vida y tan grave como la muerte; no puedo evitar recordar las palabras de la secretaria general de Religiones por la Paz, la profesora Azza Karam, cuando pidió que no se considerase que la guerra es una opción”. Dios puso en mi corazón la humildad de apreciar cada palabra y cada voz que se alzó, instándome a ponerme en el lugar de los demás.

## **La conversación entre Pedro y Jesús: preparando el terreno para un amor valiente**

El relato bíblico seleccionado para la oración de clausura de hoy es uno de los relatos bíblicos que interpela a la comunidad cristiana y a la familia ecuménica a amar como Cristo ama.

La escena ilustra cómo el Cristo resucitado restaura, restituye y envía a Pedro a desempeñar un servicio y un liderazgo más fructíferos. La conversación comienza cuando Jesús le hace tres veces la misma pregunta a Pedro: “¿Me amas tú más que estos?” Y Pedro responde afirmativamente, asumiendo en aquel momento el mandato de Jesús de servir a los demás. La conversación concluye con la predicción de que Pedro se enfrentará a la persecución como consecuencia de su misión, y con el simple mandato de seguir a Cristo con las consecuencias que conlleva. A menudo, se ha observado el paralelismo de estas tres preguntas con las tres veces que Pedro se durmió en el Huerto de Getsemaní y las tres veces que Pedro negó a Jesús durante su juicio.

Es interesante observar que las dos primeras veces, cuando Jesús hace la pregunta, se utiliza la palabra griega “Agape” (amor abnegado), mientras que, la tercera vez, Jesús utiliza la palabra “Phileo” (que significa afecto, afinidad o amor relacional) para confirmar la lealtad y el compromiso de Pedro como discípulo y amigo.

Las escrituras dejan aquí constancia de que el apóstol Pedro se había declarado más leal a Jesús que cualquier otro, pero, cuando su lealtad se puso a prueba, se derrumbó. Pedro le hizo una gran promesa a Jesús: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré...Aunque me sea necesario morir contigo, jamás te negaré” (Mateo 26:33-35).

La verdad es que Pedro era frágil y débil. Tenía la capacidad de hacer afirmaciones sólidas e inspiradas sin considerar las implicaciones de lo que decía, arriesgándose sin medir el coste y las consecuencias de decir sí a Cristo. En otras palabras, como muchos de nosotros, Pedro se equivocó.

Esta es, en efecto, la condición de la humanidad. Todos tenemos buenas intenciones. Todos anhelamos hacer la obra del Señor. Todos queremos avanzar. Sin embargo, cuántas veces no hemos cumplido con

nuestras promesas y compromisos. Ciertamente, esta narración revela la fragilidad y la miopía espiritual de la humanidad.

## **El amor valiente de Jesucristo, restaurador y reconciliador**

Sin embargo, esta narración es también una expresión de cómo Dios restaura el quebrantamiento de la humanidad. Está claro que Simón Pedro había perdido el rumbo tras esta negación, pero también está claro que Jesús quería restaurar y restituir a Pedro; darle una segunda oportunidad de demostrar su lealtad y su amor a Cristo por encima de todo.

Esto demuestra que Dios no abandona a las personas que han caído. En la Cruz, Dios nos muestra que nunca habrá terminado con la humanidad. Dios nos ama, nos perdona y nos restaura, porque la gracia de Dios es suficiente para todos. Hemos sido reconciliados con Dios en Cristo. 2 Corintios 5:18 nos recuerda: *“Porque el amor de Cristo nos impulsa... Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo y nos ha dado el ministerio de la reconciliación”*. Aquí, el apóstol Pablo expone el centro del evangelio. Debemos nuestra salvación únicamente a la gracia de Dios.

Tal vez necesitemos que nos lo recuerden porque sabemos lo que significa fracasar en algo y preguntarnos si, alguna vez, las cosas volverán a ser iguales. Por eso la historia de la restauración de Pedro es tan significativa para nosotros. A pesar de la tragedia de su negación, el Señor se acercó a él y lo llevó de nuevo al discipulado y, al final, al liderazgo, en la Iglesia primitiva.

Nosotros, como familia ecuménica, estamos llamados a formar parte de ese proceso restaurador. Estamos llamados a predicar la buena nueva de que, independientemente de quiénes seamos, y sin importar la edad, la raza, la etnia, el género o la discapacidad, cada uno de nosotros tenemos nuestro propósito de vida que cumplir como hijas e hijos del Reino.

## **El amor valiente: un mandato de servicio: ¡Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas y sígueme!**

Una vez restaurado y restablecido por el Señor resucitado, a Pedro se le encomendó la responsabilidad de cuidar el rebaño de Jesús, no desde la perspectiva de una autoridad exclusiva, sino desde la perspectiva de una responsabilidad mutua y colectiva.

Cuando Jesús llamó a los discípulos a que lo siguieran, siempre quiso que dejaran sus proyectos personales por él y por la misión de Dios, la *missio dei*. Sin embargo, la misión de Dios siempre debe ser parte integrante del cometido de la Iglesia. Jesús estableció “un amor valiente” como vínculo de unión para mantener esta red de relaciones y de discipulado. *En Juan 13:34: “Un mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Como los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros”*. Si Jesús se encontrara en nuestra situación, probablemente entablaría un serio diálogo sobre el entramado de la sociedad —la necesidad de que tomemos en serio nuestra responsabilidad mutua y social— para servir a los demás con dignidad y cuidado pastoral.

Lamentablemente, es tan fácil para nosotros sacrificar este amor valiente por la codicia que incluso nuestras mejores intenciones se ven subyugadas por la hegemonía, la gloria, las posesiones y esta constante lucha por el prestigio. ¿Qué nos quiere decir esto?

¿No hemos fallado en nuestro compromiso de amar a Cristo y servirle amando y sirviendo a las personas bajo su cuidado? En nuestro entusiasmo por dedicar nuestro tiempo y recursos a una “causa noble”, o lo que sea, ¿podríamos haber amado estas cosas más que a Cristo? En nuestro entusiasmo y celo por cumplir nuestras funciones y responsabilidades en la Iglesia y en nuestras carreras, en nuestros hogares y comunidades, ¿hemos amado estas cosas más que a Cristo? Al establecer nuestros programas en todos los ámbitos de la vida comunitaria de la iglesia, y en el ámbito regional e internacional, ¿hemos amado estas cosas más que a Cristo?

Cuando nuestro programa incluya a todos y redunde en beneficio de todos, la cooperación y el compromiso de todos estarán asegurados y el amor valiente de Cristo será más real para nosotros. Todos son bienvenidos, y todos significa todos. Desde el consenso, la unión, la búsqueda conjunta de la voluntad de Dios en la oración —deliberando con un solo espíritu y un solo corazón que late con el amor valiente de Cristo—, nos acercaremos a cumplir la voluntad y el propósito de Dios para nuestras vidas y las de los demás. Ya no haremos una teología de la victimología, sino una teología de la esperanza y la sanación.

Pensémoslo un momento, y preguntémosnos: ¿Se refleja el mismo amor ágape en nuestras actividades y compromisos actuales? ¿Somos capaces de llegar a las personas que están en los márgenes y, como signo de la presencia de Dios, llevar vida a sus vidas? ¿Somos capaces de llevar la sanación a las personas que sufren en nuestro entorno? ¿Qué nos motiva a hacer lo que hacemos? ¿Amamos a Jesús más que a estas cosas?

## **CONCLUSIÓN: La valentía de amar como Cristo ama: un imperativo y no una opción**

En mi opinión, en un mundo como el nuestro, la valentía de amar como Cristo ama es un imperativo y no una opción para la Iglesia y sus asociados. Como Cristo vive en nosotros y nosotros, en ÉL, este intercambio constante de su amor valiente en lo más íntimo de nuestro ser puede convertirnos en vehículos para llevar al mundo a la reconciliación y la unidad.

La valentía de amar como Cristo ama requiere que seamos sinceros con nosotros mismos y aceptemos que podremos estar en desacuerdo dentro de nuestra propia familia denominacional y estar más de acuerdo con otras denominaciones. Su Gracia, el arzobispo Jason Gordon de Trinidad y Tobago, lo expresa así: *“Mucha gente piensa que los mayores desafíos para la unidad de la Iglesia provienen de otras denominaciones. En ocasiones, he encontrado más consenso con personas de otras denominaciones que con algunas personas católicas”*.

Nuestra tarea como comunidad ecuménica es la de tender puentes entre los demás y nosotros mismos a través de este amor valiente de Cristo: un amor que cambia la vida y libera.

La forma en que los seres humanos se relacionan y se tratan entre sí dirá más al mundo en general que cualquier programa, proyecto o actividad que puedan tener la Iglesia o sus organizaciones afines. Por ello, creo que la regla de oro que encontramos en Lucas 6:31 constituye una base inequívoca del amor valiente de Cristo: *“Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos”*. Esto significa que el amor valiente de Cristo está basado en la justicia y la equidad: es decir, en que todos estemos en pie de igualdad. Significa un reconocimiento y aprecio no solo de nuestra propia valía, sino también de la de los demás. Significa desafiar el statu quo y cualquier sistema que obstaculice la plenitud de la vida para todos.

En su conmovedora presentación en la Preasamblea de la EDAN, Rolando Mauro afirmó que *“las personas con discapacidad son sujetos de la restauración divina, y Dios restaura a sus elegidos. Todos somos los elegidos de Dios”*. Enfatizó este punto refiriéndose al entonces presidente de EE.UU., George H.W. Bush, cuando firmó la Ley de Estadounidenses con Discapacidades y declaró: *“Que los vergonzosos muros de la exclusión se derrumben por fin”*.


Todo lo que digamos o hagamos debe inspirar y promover el amor magnánimo restaurador y reconciliador de Cristo y la unidad del Cuerpo de Cristo en todo su esplendor, y no la mediocridad, la división, la envidia, el egoísmo o el orgullo. La búsqueda del amor, de la reconciliación y de la unidad comienza, por tanto, por cada uno de nosotros, desde el punto en que nos encontremos y la labor que realicemos. Salimos de esta Asamblea decididos a pasar de la hostilidad a la hospitalidad, al amor en acción.

Así que, queridos hermanos y hermanas en Dios, cuando oramos por el amor, la reconciliación y la unidad en un mundo atribulado, ¿en qué pensamos? Tal vez pensemos en un tiempo en el que las guerras se acaben, en el que la justicia, la equidad y la libertad fluyan como un torrente incesante; en el que la pobreza, las violaciones, la violencia de género, los crímenes atroces, la trata de personas, el racismo sistémico, la escasez de alimentos, la crisis de refugiados y migrantes, la xenofobia, la estigmatización, la opresión y la discriminación de todo tipo cesen y el expolio de la tierra. Tal vez pensemos en un tiempo en que los gobiernos gobiernen con integridad y con principios de equidad, y con una opción preferente por los pobres; con mejores sistemas de atención de salud para que la calidad de la vida humana alcance su máximo

potencial. Tal vez pensemos en un día en que el cambio climático y las crisis asociadas a él sean reconocidas como reales y no como una falacia.

En esta era nuclear y en estos tiempos turbulentos en los que la arena del reloj se está consumiendo a ritmos acelerados, seguramente la familia ecuménica debería empezar a tomarse más en serio el amor valiente de Cristo, el mandato de apacentar los corderos y pastorear las ovejas **como un imperativo de Cristo, nuestro Señor, y no como una opción**. Se trata de un catalizador para un cambio significativo.

*En el nombre de Dios, nuestro Creador, de Cristo, nuestro Salvador y del Espíritu Santo, nuestro Maestro y Consejero. Amén.*

<p>refl</p>  <p>El amor de Cristo lleva al mundo a la reconciliación y la unidad</p>	<p style="text-align: right;"><b>Consejo Mundial de Iglesias</b> <b>11ª Asamblea</b> 31 de agosto al 8 de septiembre de 2022 Karlsruhe, Alemania</p>
	<p style="text-align: right;">Documento No. <b>PRAY 09</b></p>

8 de septiembre

**ES**

Traducción provisional del inglés  
Servicio Lingüístico, CMI

## Oración de envío – reflexión

REV. CANÓNIGO CHRISTOPHER DOUGLAS-HURIWAI

*Testimonio de la oración de clausura - 11ª Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, Karlsruhe*

Rev. canónico Christopher Douglas-Huriwai

Un rasgo distintivo de mi pueblo, el pueblo indígena maorí de Nueva Zelanda, es la importancia de los rituales en nuestra cultura. Desde que las personas que nos precedieron pisaron por primera vez la tierra que hoy conocemos como Nueva Zelanda, los rituales han estado presentes. Tal vez, los más importantes sean nuestros tradicionales rituales de encuentro. Estos rituales de encuentro tienen un propósito singular: garantizar que la humanidad y la dignidad de todas las personas no solo se reconozcan, sino que se mantengan.

El ritual formal de encuentro es una ceremonia de bienvenida conocida como *powhiri* en la que las mujeres de la tribu dirigen palabras de bienvenida, se pronuncian discursos formales, se cantan canciones y, finalmente, las personas reunidas comparten una comida comunitaria para dar por concluido el proceso. A través de este proceso, se recuerdan y honran las antiguas líneas genealógicas tanto de las personas locales como de las personas que visitan. El resultado final de este ritual de encuentro es que ya no hay distinción entre estas personas, sino que todas se consideran unidas en una relación común: todas se consideran una unidad.

Mientras que el *powhiri* es un acto colectivo que se lleva a cabo en la tribu y la subtribu, existe otro ritual sagrado de encuentro más íntimo y personal, que tiene lugar cada vez que los maoríes se saludan, y que se denomina *hongi*. Este acto íntimo de reconocimiento compartido es a la vez físico y espiritual, y consiste en que las dos personas que se saludan juntan sus narices y sus frentes, al tiempo que inhalan profundamente y comparten la respiración. Este aliento recuerda al que Dios insufló en el cuerpo de su primera creación para infundir la vida. Esta mezcla de alientos es la que reconoce fundamentalmente la humanidad de la otra persona y, cuando se une a las palabras “Tena Koe”, constituye un potente punto de partida para una peregrinación de reconciliación y unidad.

“Tena Koe” es el saludo formal en el idioma de mi pueblo y significa literalmente “Ese eres tú” o, en su traducción más auténtica, “Te veo”. Este saludo permite conocer la mentalidad maorí y la importancia de reconocer a las demás personas en la sociedad maorí. Para el pueblo maorí, el comienzo de cualquier



encuentro, ya sea comunitario o personal, es el reconocimiento de la humanidad y la dignidad de la persona que tienen delante. Cuando el pueblo maorí dice “te veo”, en realidad está diciendo “te veo en toda tu gloria creada, con tus heridas, tus cicatrices, tus esperanzas, tus aspiraciones. Veo a las personas que te precedieron, veo a tus descendientes, veo y reconozco lo divino en ti”.

“Tena Koe”, así pues, no es un simple reconocimiento, sino un compromiso con la otra persona que significa que ahora estamos unidas. La humanidad de la otra persona está ahora ligada a la nuestra, y su sacralidad y su dignidad, también.

El tema de esta Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias ha sido, en muchos sentidos, un ritual de encuentro durante los últimos ocho días. No es solo un encuentro entre las personas que hemos participado en la Asamblea, sino que es un encuentro entre todos nosotros y el amor de Dios en Cristo. Tal vez sea aún más que eso: un encuentro entre personas cristianas de todo el mundo y con lo que nos pide el amor de Cristo. El amor de Cristo lleva al mundo a la reconciliación y a la unidad porque nos lleva al abrazo del *bongi* y porque, con nuestras narices y frentes unidas, y compartiendo un aliento sagrado, nos dice con infinita misericordia y gracia “Tena Koe”: “Te veo”.

Al regresar a nuestros hogares con renovadas fuerzas e inspiración, y tal vez incluso sintiéndonos interpelados por el tema de esta Asamblea, nos vendría bien recordar lo que significa la unidad y la reconciliación para aquellas personas a quienes se les niega la justicia y para quienes perpetran las injusticias. Durante demasiado tiempo, el peso de la reconciliación y la unidad ha caído sobre los hombros de aquellas personas a las que se les niega la justicia. Como pueblo indígena, en la iglesia, hemos experimentado múltiples ocasiones en las que se esperaba de nosotros que ejerciéramos la compasión, que perdonáramos, que olvidáramos y que siguiéramos adelante, todo ello en nombre de la unidad, mientras que las personas que perpetraban la injusticia eran libres de seguir viviendo sus vidas, protegidos por sus privilegios.

Sin embargo, el amor de Cristo que nos impulsa hacia la reconciliación y la unidad nos dice: “Veo el dolor y las heridas de los oprimidos. Veo la lucha y el quebrantamiento de los opresores”. La reconciliación y la unidad son vitales para el futuro no solo de la Iglesia, sino de toda la humanidad. El reconocimiento de las injusticias sufridas por los pueblos indígenas, las minorías, las mujeres, los niños, las personas con discapacidad, y las personas silenciadas e ignoradas es el primer paso en la peregrinación hacia la reconciliación y la unidad.

Quisiera concluir esta reflexión, si se me permite, rindiendo homenaje a uno de mis héroes, alguien a quien considero un hombre santo y que ha honrado esta Asamblea no solo con su presencia, sino con su sabiduría y su amor: el Rev. Winston Halapua, arzobispo emérito. Estoy agradecido de haber sido estudiante en el seminario durante el tiempo en el que el arzobispo Winston fue director de una de las facultades, por lo que tuve la suerte de encontrarme regularmente con él. Estos momentos de contacto, sin embargo, eran fugaces: una ligera sonrisa cuando nos cruzábamos entre las clases; un ofrecimiento para retirar los platos en un almuerzo compartido; pequeñas palabras intercambiadas mientras esperábamos el comienzo de un servicio religioso. No hubo conversaciones profundas ni intercambio, solo charlas superficiales. O eso pensaba.

Como estudiante de primer año en la facultad de Teología, me encontraba en el extremo opuesto de la escala con respecto al arzobispo. Yo era postulante a las órdenes sagradas; él era obispo. Yo era estudiante; él era director. Yo tenía poco más de veinte años y él era mayor. Yo era insignificante, y este hombre era una de las personas más significativas no solo de la escuela, sino de toda nuestra iglesia. Yo no significaba nada para él. O eso pensaba.

Y un día, mientras la escuela realizaba su peregrinación anual a algún lugar lejano, el arzobispo Winston y yo tuvimos ocasión de compartir un tiempo mucho más largo, un viaje de tres horas en coche, de hecho. Durante este trayecto, el arzobispo Winston me preguntó cómo iban mis estudios; de alguna manera, sabía que estaba matriculado en la Universidad de Auckland. A continuación, me preguntó cómo iba el trabajo de mi mujer; de alguna manera, sabía que había empezado recientemente un nuevo trabajo. Y después, preguntó por mi hermana; de alguna manera, sabía que le habían diagnosticado cáncer recientemente.

Hasta ese momento, había asumido que las sonrisas entre clases, el gesto de retirar las bandejas del almuerzo y las palabras que intercambiábamos antes de la oración eran poco significativas, y tal vez incluso sin sentido. Hasta después de ese viaje en coche, no me di cuenta de que cada vez que el arzobispo se encontraba conmigo, no solo se fijaba en mí, sino que me veía. No solo me oía, sino que me escuchaba; no solo estaba en el mismo espacio que yo, sino que estaba amorosamente presente.

Este encuentro con el arzobispo Winston ha sido fundamental para mi comprensión de quiénes y qué estamos llamados a ser como personas que tenemos la valentía de seguir a Cristo y, de hecho, como personas que nos dejamos llevar por el amor de Cristo hacia la reconciliación y la unidad.

Ese es el poder de “Tena Koe”, que transforma el percibir en ver; el oír en escuchar, y el amor en acción.

Benditos hermanos y hermanas de esta 11<sup>a</sup> Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, ha llegado el momento de decirnos mutuamente con renovado vigor “Tena Koe” ; de reconocer la humanidad de las demás personas y de comprometernos a garantizar que se preserve la dignidad; de involucrarnos mutuamente en el sagrado abrazo del *hongji* y decirnos: ¡TE VEO! Y, una vez que nos hayamos dicho esto, salir a vivir nuestra vida creyendo que esto es verdad.

Ahora, por favor, voltéense hacia la persona sentada a su lado y díganle: ¡”Tena Koe”, “te veo”!